

CALMADO YA SE HABÍA MI DESEO...

Antonio Machado, una de las figuras universales de la lírica de nuestro tiempo de la que fui devoto y a la que debo tanto desde mi primer arranque poético en 1924, año en que me sentí impulsado a conocer a Machado para expresarle mi gratitud por su voto a favor del Premio Nacional de Poesía, por mi primer libro: «Marinero en tierra».

Entre los otros miembros importantes que componían el jurado se contaban don Ramón Menéndez Pidal, José Moreno Villa y Gabriel Miró. Pero como era comprensible a quien más quería agradecer su voto era a Antonio Machado. Me presenté en su casa sin aviso, no estaba, no vivía en Madrid. Su madre, una anciana pequeñita y fina, me lo dijo: «Mi hijo anda por Segovia, viene muy poco por acá, es difícil verle».

Pasó algún tiempo, del Ministerio de Instrucción Pública retiré el original de mi libro. Al andar por la noche revisándolo en mi cuarto, cayó de entre sus páginas un papelillo amarillento medio roto, escrito con una diminuta letra temblorosa; decía: «Es a mi juicio el mejor libro de poesía presentado al concurso. Antonio Machado».

Con qué alegría y estremecimiento leí y releí aquel hallazgo inesperado. Todavía lo conservo en la primera página de un ejemplar viejísimo de mi «Marinero en tierra» lo único que por casualidad salvé conmigo de nuestra guerra.

«Ni un seductor Mañara, ni un Bradomín he sido, ya conocéis mi torpe aliño indumentario». Así se retrataba el poeta en versos ya famosos. Pero yo seguía sin conocerlo, ni de lejos; me sabía, eso sí, de memoria, sólo una foto suya aparecida al frente de sus poesías en edición de la Residencia de estudiantes. Un Machado aún bastante joven, grave y triste con cara de caído de la luna, saliendo de un alto cuello duro chimenea, corbata de plastrón, anticuado, anacrónico.

Calmado ya se había mi deseo de conocerlo, cuando de pronto una mañana en que subía yo por la calle del Cisne, vi que por la acera contraria bajaba lenta una sombra de hombre, que aunque muy envejecida, identifiqué sin vacilar con la del retrato de Machado, casi perdido ya en mi memoria. Bajaba lenta, como digo, con pasos de sonámbula, de alma enfundada en sí, ausente, fuera del mundo de la calle,

en la mañana primaveral, sonante a árboles con pájaros. Es él, me dije; si no me atrevo ahora a saludarle, no lo haré jamás; y mientras cruzaba sofocado de acera a acera me fui recitando varias veces los dos primeros versos del retrato que Rubén Darío le dibujara tan admirablemente: «Misterioso y silencioso iba una y otra vez». «¿Don Antonio Machado?», le pregunté casi sin voz. No olvidaré nunca los silencios que tardó en responderme con dos, «Sí, sí», espaciados, como si hubiera tenido que hacer un llamamiento a la memoria para acordarse de su nombre. «Quería don Antonio conocerle y darle las gracias». «Ah, ah». Repitió todavía mal despierto tomándose la mano. «No tiene usted que agradecerme nada», y ausentándose nuevamente, perdida sombra ante las laberínticas galerías de sí mismo, mal vestido y triste, lo vi alejarse en la mañana de aquel nuestro primer encuentro calle del Cisne abajo.

La época en que vi más a Machado fue en el café Varela de Madrid a donde del café Español había trasladado su melancólica tertulia.

Yo volvía por entonces, 1933, de Francia y Alemania, habiendo visitado también la Unión Soviética. Viaje de cerca de dos años que me había hecho comprender, viéndola y sufriéndola, la trágica realidad de Europa y aún más a lo vivo, la de España. Regresaba otro, nuevo concepto de todo, y como era natural del poeta y de la poesía.

Con María Teresa León, mi mujer, fundé la revista «Octubre». La primera española que dio la alerta en el campo de la cultura y que agrupó a una serie de jóvenes escritores cuyo sentido del pueblo cada vez se fue haciendo menos vago, menos folklórico, es decir, más directo, real y profundo.

Una tarde del café Varela me decidí, no sin cierta cortedad, a pedirle a Machado una colaboración para «Octubre», lo que él quisiera, verso, prosa, un saludo, cualquier minúsculo trabajo. Nuestra sorpresa fue grande cuando a los pocos días me envió a casa un corto ensayo que, para mayor halago mío, me dedicaba bajo este inesperado título: «Sobre una lírica comunista que pudiera venir de Rusia». En él, Machado, poniéndolo como siempre en boca de Juan de Mairena, nos hablaba ya del poeta del tiempo, de su esperanza en una poesía, expresión o síntesis, no del sentimiento individual sino del colectivo. Cuando Machado escribía esto, ya había aprendido mucho por aquellos pueblos de Dios de su Meseta Castellana. No era tan sólo entonces el poeta de las «Soledades», lo era de *Campos de Castilla* y de *Nuevas canciones*. Sí, Machado ya había visto, había gastado mucho con sus plantas cansinas, los malditos terrones de aquellas duras tierras, y de aquél su primer sentido o sentimiento casi cristiano de la pobreza resignada de los atónitos palurdos de Castilla, había subido a comprender toda la triste y desgarrada miseria de España, la humana y urgente necesidad de trocar ese ayer y aquel hoy en un mañana diferente.

Y su esperanza la clavó primero en la República, trabajando hasta activamente por su advenimiento llegando a organizar mítines por todos los pueblos e izar con otros republicanos la bandera tricolor en el Ayuntamiento de Segovia, días gloriosos que Juan de Mairena recuerda nostálgico durante la guerra. Aquellas horas, Dios mío, tejidas todas ellas con el más puro lino de la esperanza cuando unos pocos

republicanos izamos la bandera tricolor en el Ayuntamiento de Segovia. Recordemos, acerquémonos otra vez aquellas horas a nuestro corazón con las primeras hojas de los chopos y las últimas flores de los almendros, la primavera traía nuestra república de la mano. La naturaleza y la historia parecían fundirse en una clara leyenda anticipada, o en un romance infantil.

La primavera ha venido
del brazo de un capitán.
Cantad, niñas, en corro:
¡Viva Fermín Galán!

Luego, después de la experiencia de la guerra, Antonio Machado, de vivir, hubiera ido muy lejos, no se le escapaba que España era de toda Europa, el país destinado, el más predestinado para una revolución profunda, pero, si ya no podrá verla, esa será la única que vaya a recordarle y a escribir por los muros, como los griegos con letras de oro los versos de Píndaro, muchas palabras suyas, nuncios de aquel alba que con él esperábamos.

España quiere surgir, brotar. Toda una España empieza y ha de helarse en la España que se muere, ha de ahogarse en la España que bosteza. Para salvar la nueva Epifanía hay que acudir, ya es hora, con el hacha y el fuego al nuevo día. Oye cantar los gallos de la aurora.

En los grandes días heroicos de noviembre de 1936, el glorioso 5.º Regimiento, flor de nuestras milicias populares, se ufano en salvar la cultura viva de España invitando a los hombres que la representaban a ser evacuados de Madrid. A la Alianza de Intelectuales Antifascistas se le encomendó, entre otras, la visita a Antonio Machado para comunicarle la invitación. Y una mañana bombardeada de otoño, el poeta León Felipe y yo nos presentamos en su casa. La casa, lo mismo que cualquiera, rica o pobre de aquellos días de Madrid, estaba helada. Machado nos escuchó concentrado y triste. No creía él, nos dijo al fin, que había llegado el momento de abandonar la capital. Hubo que hacerle una segunda visita. Y ésta, con apremio. Se luchaba ya en las calles de Madrid.

Después de insistirle, aceptó. Pero insinuando, casi rozado de pudor, con aquella dignidad y gravedad tan suya, salir también con sus hermanos Joaquín y José. «No tiene usted ni que indicarlo, el Quinto Regimiento le lleva con toda su familia...».

Y llegó la noche del adiós, la última noche de Machado en Madrid. ¡Noche inolvidable en aquella casa de soldados! Se encontraba allí lo más alto de las ciencias, las letras y las artes españolas: investigadores, profesores, arquitectos, pintores, médicos al lado de los jóvenes comandantes del pueblo, aún con el traje entre civil y militar de los primeros días, que con una sencillísima cena despedían a los hombres que tal vez iban mañana a enseñar a sus hijos lo que ellos nunca pudieron aprender.

Afuera, el corazón de España latía a oscuras, con su alto cielo de otoño interrumpido ya de resplandores de los primeros cañonazos. Por los arrabales extremos: Toledo, Segovia, Cuatro caminos, Ciudad Universitaria; por los alrededores de la

ciudad: Puente de los Franceses, Casa de Campo, El Pardo, se cubrían de balas y de gloria, junto con las milicias populares y las Brigadas Internacionales los defensores espontáneos de Madrid. Y, mientras, en aquel saloncillo del Quinto Regimiento, en medio del silencio que dejaba de cuando en cuando el feroz duelo de la artillería, un hombre extraordinario, aún más viejo de lo que era y erguido hasta donde su vencimiento físico se lo permitía, con sencillas palabras de temblor, agradecía, en nombre de todos, a aquellos nobles soldados que así precisaban la vida de sus intelectuales, repitiendo razones de fe, de confianza en el pueblo. De aquella sencilla despedida no he podido olvidar el instante aquel en que don Antonio, con una sinceridad que nos hizo a todos brotar las lágrimas, dirigiéndose a los jóvenes jefes allí presentes, ofreció sus brazos —ya que sus piernas enfermas no podían— para la defensa de Madrid.

Poco más tarde, desde su huertecillo de Valencia, escribía el poeta insistiendo una vez más en su creencia ciega en el pueblo de España: «En España lo mejor es el pueblo». Por eso la heroica y abnegada defensa de Madrid, que ha asombrado al mundo, a mí me conmueve, pero no me sorprende. Siempre ha sido lo mismo. En los trances duros, los señoritos invocan la patria y la venden; el pueblo no la nombra siquiera, pero la compra con su sangre.

La última vez que vi a Antonio Machado fue en Valencia, en aquella casita con jardín de las afueras que el Gobierno le había dado. Su poesía y su persona ya habían sido tocadas de aquella ancha herida sin fin que habría de llevarle poco a poco después a la muerte.

La fe en su pueblo, aunque ya antes la hubo dicho, la escribía entonces a diario volviendo nuevamente a adquirir su voz, aquel latido tan profundo de su época castellana, ahora más fuerte y doloroso, pues el agua de su garganta gorgoteaba con una santa cólera envuelta en sangre. Mas como siempre a él, en apariencia, nada se le transparentaba, estaba más contento, más tranquilo, al lado de su madre, de sus hermanos y aquellos sobrinitos de todas las edades que le querían y bajaban del brazo al jardín, dándole así al poeta una tierna apariencia de abuelo.

Desde los limoneros y jazmines./Oh flor y árbol tan puros en su verso,/cercana aunque invisible/la presencia del mar Mediterráneo. Machado veía contra el cielo cobalto las torres y azoteas de Valencia bajo el constante moscardoneo de los aviones de guerra.

Ya va subiendo la luna
sobre el naranjal.
Luce Venus como una
pajarita de cristal.
Ambar y berilo
tras de la sierra lejana,
el cielo, y de porcelana
morada en el mar tranquilo.
Ya es de noche en el jardín
—¡el agua en sus atanores!—

y sólo huele a jazmín,
ruiseñor de los olores.
¡Cómo parece dormida
la guerra, de mar a mar,
mientras Valencia florida
se bebe al Guadalaviar!
Valencia de finas torres
y suaves noches, Valencia,
¿estaré contigo,
cuando mirarte no pueda,
donde crece la arena del campo
y se aleja la mar de violeta?

Y no pudo mirarla más, pues el poeta era ya una elegía, casi un recuerdo de sí mismo, cuando allá, solo, en Collioure vino la muerte a tocarle, al borde de su «arreado» pueblo heroico, como a un soldado más, lo que real y humildemente llegó a ser. Desde entonces, allí, en otra tierra, y no en la suya, junto al Duero, como él había soñado, esperan sus huesos.

Creo que fue Eugenio D'Ors, no estoy seguro, quien dijo, que así como nosotros habíamos robado el Museo del Prado, sacándolo fuera de España, habíamos robado del mismo modo a Antonio Machado, empujándolo contra su voluntad a salir de su patria. Dando a entender tal vez con esto que la lealtad del poeta hacia la República había sido poco menos que puramente geográfica. Pero para los que puedan dudar de la sinceridad y bravura de don Antonio, bastaría recordar entre otros poemas no menos duros, aquel soneto del año 38 dedicado a otro conde don Julián, aquel visigodo traidor que abrió las puertas de España visigoda a la invasión de los árabes:

Mas tú, varona fuerte, madre santa,
sientes tuya la tierra en que se muere,
en ella afincas la desnuda planta,
y a su Señor suplicas: ¡Miserere!
¿Adónde irá el felón con su falsía?
¿En qué rincón se esconderá, sombrío?
Ten piedad del traidor. Paríle un día.
Se engendró en el amor, es hijo mío.
Hijo tuyo es también, Dios de bondades.
Cúrale con amargas soledades
Haz que su infamia su castigo sea.
Que trepe a un alto pino en la alta cima,
y en él ahorcado, que su crimen vea,
y el horror de su crimen lo redima.

RAFAEL ALBERTI